

DISCURSO DE RECEPCIÓN DE ENNIO MOLTEDO COMO MIEMBRO
CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA¹

José Luis Samaniego
Pontificia Universidad Católica de Chile
jsamanie@puc.cl

La Academia Chilena de la Lengua incorpora en el día de hoy, en calidad de miembro correspondiente en Valparaíso, al señor Ennio Moltedo. Tanto en la presentación de su candidatura como en fecha posterior en que el pleno de los académicos se pronunció a favor de su incorporación, se tuvo en consideración un doble compromiso que atañe a su quehacer como intelectual y hombre de Letras: un primer compromiso con la cultura de la V Región –Viña del Mar, por ser la ciudad de nacimiento y, particularmente, Valparaíso, su ciudad por adopción y en la que vive desde hace muchos años– y un segundo compromiso con su vocación literaria.

En cuanto a lo primero –compromiso con la cultura– es necesario tener presente varios aspectos, entre estos, su labor de editor de libros, responsable de cuidadosas ediciones como lo es la colección “Breviarios” de la Universidad de Valparaíso, colección vigente desde 1994, de la que es director literario. Moltedo reconoce que tuvo la oportunidad de aprender este oficio, gracias a la amistad con ese gran maestro de la técnica gráfica que fue Mauricio Amster, quien logró revolucionar esa actividad en nuestro país. Hay que agregar que también fue director y editor de la revista *Libertad 250* de la Sociedad de Escritores de Chile, filial de Viña del Mar, y que se desempeña como miembro del Consejo de la Editorial de la Municipalidad de Valparaíso y asesor literario de la Editorial de la Universidad de Valparaíso. Ha participado también como miembro de jurados de importantes concursos literarios que se organizan en forma permanente en la V Región, y ha publicado artículos de crítica literaria en los diarios *La Unión*, *El Mercurio* y *La Estrella*, todos ellos de Valparaíso, y *La Época* de Santiago.

¹ Valparaíso, 7 de octubre de 2005.

En cuanto a lo segundo –su compromiso con su vocación literaria, que también es, por cierto, una parte muy importante de la cultura– debemos atender a su productividad como creador en un género del que es el más alto exponente a nivel nacional, la llamada poesía en prosa. La obra editada a partir de 1959, año en que la Editorial Universitaria de Santiago le publicó su primer libro con el sugerente título de *Cuidadores*, tras haber merecido el Premio Alerce de la Sociedad de Escritores de Chile, incluye los siguientes títulos, aparte del ya nombrado, *Nunca* (1962), *Concreto azul* (1967), *Mi tiempo* (1980), *Playa de invierno* (1985), *Día a día* (1990), *Regreso al mar* (1994), *La noche* (1999) y la reedición de *Concreto azul* el 2001. Además, colaboró con Pablo Neruda en la traducción de 44 poetas rumanos, obra que se publicó en 1968.

Son ocho las obras de creación poética publicadas hasta la fecha. Poemas suyos han sido también incluidos en no menos de doce antologías. Solo por nombrar algunas: *Antología general de la poesía chilena*, Edit. Bruguera, España, 1969; *Poesía chilena contemporánea*, Miguel Arteche, Juan Antonio Massone, Roque Esteban Scarpa, Edit. Andrés Bello, 1984; *Antología de la poesía chilena*, Roque Esteban Scarpa, Edit. Universitaria, Santiago, 1985; Antología. *Geografía poética de Chile, V Región*, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Edit. Antártica, Santiago, 1993.

El reconocimiento que mereció su primer libro fue un feliz anuncio del éxito que tendría su obra posterior. De ello son el mejor testimonio las diferentes distinciones que ha recibido Moltedo como asimismo los juicios y comentarios elogiosos a su obra, que han formulado muy diversas personalidades del mundo de la crítica y del mundo académico.

De los premios recibidos, además del Premio Alerce ya mencionado, ha obtenido el Premio de la Sociedad de Escritores de Valparaíso (1962), el Premio Gabriela Mistral de la Ilustre Municipalidad de Santiago (1967), el Premio Regional de Literatura Joaquín Edwards Bello y la Distinción de la Universidad Católica de Valparaíso (1983), el Premio del Círculo de Críticos de Arte de Valparaíso (1991), el Premio Municipal de Literatura, Valparaíso (1994), Premio FONDART 1997, Premio Especial a la trayectoria del Círculo de Críticos de Arte de Valparaíso, por su labor como poeta, intelectual y editor (1997), el Premio Literario del Gobierno Regional de Valparaíso (2001), Distinción de la Ilustre Municipalidad de Valparaíso, por su aporte a la ciudad (2001) y el Premio Edición de sus obras completas por parte del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (2005).

De los comentarios y juicios críticos que proceden de más de ochenta nombres, me limitaré a mencionar, a modo de ilustración, los nombres de Braulio Arenas, Hernán del Solar, Pablo Neruda, Hernán Loyola, Alfonso Calderón, Jorge Tellier, Jaime Quesada, Pedro Lastra, Cedomil Goic; y los estudios de mayor extensión y envergadura de Adolfo Nordenflicht de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y de Sergio Holas Véliz de la Universidad de Queensland, Australia.

Pero acerquémonos ya a sus textos poéticos para dar mejor cuenta, en primer lugar, del género que cultiva, y pasar luego a exponer, aunque sea en rápidas pinceladas, algunos rasgos que por ser recurrentes a lo largo de toda su obra permiten si no una caracterización general, al menos, una aproximación personal a su poesía, que es lo que pretendo en esta ocasión.

En primer lugar, el asunto del género o de la forma de expresión. Como ya sabemos, la aseveración por consenso en nuestro medio es que Ennio Moltedo escribe poesía en prosa y así lo admite el propio autor. Me permitiré disentir de esta afirmación. A mi juicio, la poesía y la prosa se contraponen. En la poesía es la palabra la que se transfigura gracias al ritmo interior y exterior y al contexto sintagmático en que se inserta. En la prosa, las palabras se usan para narrar, describir, dialogar, argumentar, sin que experimenten en sí mismas la condensación semántica que hace posible la transfiguración. Entonces, lo que Ennio Moltedo escribe es poesía no versificada y sin rima alguna, poesía que descansa solo en el ritmo, que es inherente a toda auténtica poesía.

Es el mismo poeta, quien en más de una declaración a la prensa, comunica las razones de porqué ha escogido esta forma de expresión, la de la poesía no versificada, conocida en nuestro medio como prosa poética. Así, en entrevista publicada el domingo 19 de abril de 1992, responde a las siguientes preguntas:

—¿Por qué prefieres la prosa poética? ¿Cómo llegaste a ella?

—“En mi juventud leí *El jardinero* de Tagore, en una traducción de Juan Ramón Jiménez, en prosa. Eso me marcó. En la prosa uno puede contener más la tentación de la palabra que en el verso. En ella se es más exigente porque se desecha la rima y los otros elementos del verso. La poesía concurre a la prosa poética por sí sola, porque es menos ornamental y menos retórica que el verso. Obliga a ‘castigarse’ más... En prosa se es más “seco”. Así, si de ella sale algo poético de verdad, es mejor que en el verso. A su vez, la prosa permite un aliento más natural, y hasta te permite que el tema vaya hacia cosas prosaicas con más facilidad...Porque aún persiste la creencia de que la poesía es un estado siempre sublime, ideal”.

—“¿No te sientes fuera de época con la utilización de este estilo?”

—“No; al contrario. Siento que me integro más a mi tiempo; me acerca mejor a las comunicaciones, me integra al mismo periodismo, me da más libertad y no me hace caer en la especialización, ya que las personas cuando abren un libro saben que ven un poema no porque lo estén viviendo, sino que por su forma de presentación gráfica. En mis libros ven la composición seguida, pero descubren la poesía con la lectura”.

Ahora bien, no podemos desconocer que al escoger esta forma de expresión, Ennio Moltedo se inscribe en la tradición de un Rubén Darío, de un Pedro Prado, de un Vicente Huidobro. Precisamente, es esta forma de expresión la que lo conecta con la modernidad de un Baudelaire, quien definió lo que es ser un poeta moderno a la vez

que fue uno de los primeros en recurrir a esta forma de expresión, iniciando con ello la polémica sobre la frontera entre los géneros. Lo conecta también con la modernidad de un Rubén Darío. Porque la obra poética de Moltedo corresponde –en mi opinión– a un proyecto estético que dialoga con la tradición de un Rubén Darío, quien instalado en Valparaíso se ve obligado a realizar tareas burocráticas y, desdeñando el entorno pragmático y ciudadano, se vuela en la construcción de un mundo propio a través de la palabra. Este diálogo se hace presente incluso en el título de su tercer libro, *Concreto azul*, libro que marca la madurez estética de nuestro poeta.

Como Darío, Moltedo construye un mundo propio a través de la palabra. Un mundo que se caracteriza por romper la docilidad de los cuerpos de la ciudad y entrar en un devenir acuático que diluye las normas culturales asociadas a lo terrestre. En efecto, este situarse más allá de la cultura ciudadana lo vuelca al mar, a lo acuoso, a lo aparentemente informe creando un sujeto que se instala frente al mar, de espaldas a la ciudad. Así, en “Frente al mar” de *Concreto azul*.

Frente al mar he visto cosas poco comunes;
por ejemplo, en pleno invierno, un alcatraz
gigante, parado en medio de la playa, solo,
y con los brazos cruzados sobre el pecho.
Al acercarnos, el pájaro nos dio la espalda
y comenzó a correr por la playa desierta;
primero lentamente, con dificultad, luego
más rápido, hasta alivianar su peso con las
alas; hasta elevarse con gracia y perderse
en el cielo.

Este sujeto lírico, creación del poeta, se sitúa siempre en el límite, en la orilla, en la playa; su mirada se abre hacia la inmensidad del mar desde el borde, desde el muelle. Así, en “Límite” de la obra citada:

He aquí un simple tubo rojo o la baranda
junto al mar. A tus espaldas el camino suave,
limpio por la brisa de los vehículos; más
atrás el sendero, la cortina de los árboles
oscuros, la última guardia de flores, quizás
la vida.

He aquí el límite. A tu frente el desorden,
la libertad del viento, la línea azul –que aún
no es línea–, el agua que trepa y salpica
cada vez en forma diferente. Se puede pasar

tardes contemplando el escurrir siempre
distinto de la espuma por las rocas.
Frente a ti, el mar.

Y en el poema titulado “El mar”, de *Mi tiempo*, leemos:

Hurgábamos en la playa siguiendo el
escurrido de la arena. Siguiendo los reflejos de las
cuentas doradas. Todo el tesoro estaba allí, entre
los dedos, y se iba por la pendiente y desaparecía
en el fondo del túnel.

Toda la tarde cavando en cuclillas, bajo el
sombbrero blanco. Brillaba el sol y reventaba suave
el dobléz del agua.

Palpamos el fondo húmedo. Las gotas manaron
y fueron creciendo de volumen y de pronto nos
encontramos frente a frente con la mirada limpia del
mar.

En cambio, la topografía del puerto vale en tanto sus calles conducen al mar.
Leemos en el poema “Un último intento” del libro *Regreso al mar*:

Un último intento todavía; salir a recorrer las
calles. Sin haber pactado, con la corona
reluciente pasear por rincones y ver al sol
cumplir su cometido.

Adentrarse por pasillos, atisbar por agujeros,
descubrir el final del camino –donde todo
desaparece–, sorprender a la niña, tocar el mar,
las alas de antiguos aeroplanos; ir al parque, a
lugares reservados sin motivo, donde la ciudad
dispone que el sol entibie arenas y maderos y
se mantengan puertas abiertas sin nadie y así
vagar entre estantes y mesones, mientras ahí,
bajo la ventana, cruza el lento remolcador.

El recorrido que Moltedo emprende hacia el mar no es más que un viaje para
encontrar otros territorios, lugares nuevos que lo alejan de una infancia poetizada
como violenta, infancia de “puños plomos”.

El sujeto lírico reconoce, y lo enuncia en primera persona plural:

Hemos transformado nuestros días en un largo paseo por la orilla del mar. Vigilantes, cuidadores de los cambios del viento y de los finos taladros que desaparecen en la arena; apenas, para el ojo sabio, un cráter de luna o un punto enano, de alfiler, que se recoge y cierra. No hay máquina que pueda repetir el proceso. Sólo una próxima ola y tus pasos y pensamientos que elevan sus redes al sol.

Pero no nos equivoquemos. No se trata del mar como aquel paisaje que se contempla en toda su extensión a la hora del crepúsculo, sino de entrar en él, de hundirse en él, y bajar a un mundo nuevo, misterioso, o quizás ancestral, mundo al que aspira el poeta: “Dejemos la superficie y que nadie nos reconozca en el fondo del océano”. Así mismo, en otro poema: “Hoy, bajo el mar, por sendas todavía iluminadas y tibias; [...]”.

En actitud surrealista su voz llama a un regreso colectivo, regreso que reinstala una memoria ancestral, porque los humanos venimos del mar, pero lo hemos olvidado:

Después de nacer del agua, de filtrar la arena, de cuidar presentes –primeras flores–, de disponer tonos y tamaños, de abrir tablas y ventanas (para dejar el viento libre, el mar abierto, los ojos de par en par), después han llegado con metal y yeso, con motores y baúles y han cubierto de leche y miel, de orines y moscas el territorio.

Y ya en abierta actitud surrealista, el poeta establece conexiones entre entes culturales cuya relación no está dada o el ser humano la ha olvidado:

¿Qué hay de las promesas, de los sueños, de los colores reunidos más allá del horizonte?

Siempre habrá un lugar lejano cuyo nombre desconocemos. Es el fin de aquellos solos que dedican su vida a quehaceres sin utilidad alguna: plantar, en vez de flores, remolinos de papel en los jardines.

Pero el poeta no deja de recorrer la orilla con vocación de cuidador:

Hemos transformado nuestros días en un largo paseo por la orilla del mar. Vigilantes, cuidadores de los cambios del viento y de los finos taladros que desaparecen en la arena; [...]

Paseo que se prolonga hasta llegar al final de la costa “donde el faro apunta y se desprende”, donde la playa “se hunde y renace en el mar”.

Coordenada axial de su propuesta poética es ese eje tensional entre mar y ciudad. Hemos visto que el poeta mira hacia el mar; más aún, pone sus sueños en el mar, en el horizonte y aún más allá, y principalmente bajo el mar, en un mundo nuevo y misterioso. La ciudad, en cambio, se hace presente como obstáculo que se interpone en el encuentro con la naturaleza y sobre todo con el mar. Así en tres diferentes poemas:

El primero:

Junto al mar de esta pequeña costanera funcionarios instalaron escritorios y sillas y teléfonos para dirigir el tráfico de pesos y medidas.

El gran mar de esta pequeña costanera fue tapiado con casuchos y red de acero: un pequeño muro de Berlín, un corredor polaco, un paso para Bolivia, una rápida mirada por el ojo de la cerradura –entre contenedores– para saber si el mar continúa allí con su misma forma y color o es otro que nos cambia poco a poco.

El segundo, “Recreo”:

La única estación transparente.
La única estación de ferrocarril suspendida
a la orilla del mar, sobre rocas.
Se veía correr el agua y saltar la espuma
por las ranuras de los tablones entarugados
durante cincuenta años.
Gotas del horizonte cruzaban el corredor
cuando el único tren del mundo hacía su
entrada rechinando sobre el agua.
Recreo se llamaba la estación aérea y fue
demolida en nombre del adelanto y el
progreso. Ingenieros que nunca han visto
el mar elevaron en su reemplazo un
terraplén –tobogán– donde compiten
monos y ratas.

El tercero:

Patear, destruir este concreto.
¿Cómo y cuándo elevaron el pretil y esta
compuerta de acero y detuvieron la luz,
el agua, el viento?
Así no puedo continuar con mi trabajo
de lavar la playa para recuperar los relojes
transparentes del futuro.

Ante esto, el poeta se pregunta en tono sentencioso: ¿Dónde estamos? e, incluso, con tono sarcástico, mordaz, satírico, fustiga el progreso mal entendido, que destruye lo bello y los espacios del hombre, y su poesía es ahora poesía de denuncia:

Nos formaron, numeraron, nos cortaron
la cabeza, las piernas, las manos.
Nos están envasando y exportando con
un éxito sorprendente.
Se están volviendo locos.
Están pintando el cielo. Lo que ayer estaba
arriba hoy yace a ras de tierra, para asombro
de los humildes [...]

Como nunca, como no era costumbre
en el puerto, como nadie lo había visto en
su vida –pequeño es el mundo para el
comercio, pero infinitos son los mares–,
toda la calle, todo el país en venta: en
carretas, en sacos, en cartones; colecciones
y zapatos en el suelo, en pasajes de mala
muerte: pobres luces, restos, pájaros y
conejos detenidos a la orilla del camino
con sus precios colgados. Gritos, música,
y la niña se bambolea bajo el sol de la
mañana repartiendo trozos de pescados
viejos. El interior vacío. Todo al aire libre,
como libre presa; el hombre entre mesones
y pisos y vasos. Grasientos o flacos o niños
van enterrando los dedos. Carne, dulces, y
la Mistral también detenida en la vereda.
Perros, sin tocar nada, cruzan cabizbajos y
bostezan frente al mar.
Bajo el arco de triunfo del congreso.

Ante esta realidad, no solo hay denuncia; también, desaliento; tal vez pérdida de esperanza, como en ese poema titulado “El velero”, en que el sujeto lírico se pregunta:

¿Para qué, para quiénes?
No obstante, una vez más, para olvidarlo;
última ocasión para ver sobre el mar un
pétalo o un insecto sin carga ni destino
–sin razón– que emula a las gaviotas y
arranca exclamaciones cuando va sostenido
por el aire, como todo lo exiguo e inútil que
impresiona por el campo en que se mueve
cuando ya es tiempo de tocarlo con el dedo
y que se hunda.

No obstante, al poeta se le impone la belleza y descubre, con mirada minimalista, lo frágil, lo insignificante, transfigurando la fealdad:

Bajo el sol del paseo Paloma avanza
temerosa, se asoma, se balancea y descubre
pequeño tesoro en el fondo del tarro de la basura.

Si en el eje tensional entre mar y ciudad —que es el que estructura su propuesta poética—, el mar significa la libertad y la ciudad, en cambio, lo que obstaculiza al hombre poder alcanzarla a causa de ese progreso que destruye y deshumaniza, en su último libro titulado *La noche* (1999), Moltedo da un paso más y, desde este mismo lado del eje ya mencionado, denuncia la noche que ha oscurecido a Chile, y no solo la de la dictadura; también la de la transición que ha consagrado el sistema neoliberal, sistema que termina con los ideales de solidaridad e igualdad entre los hombres y con la tan anhelada libertad, simbolizada por el mar. Así, en textos poéticos, muchos de ellos de carácter epigramático, con ironía y sarcasmo pero en tono sentencioso, a veces acerado, el sujeto lírico se manifiesta. Escuchémoslo en estos breves poemas:

12

Me han enviado al fondo del mar. Sin oxígeno, por supuesto. En traje de calle
y con sobre azul en mano.

21

Una vez echado, despedido, no podrás volver a tu casa. A no ser de paso y
saludo, para alejarte de nuevo, de viejo, para regresar al lugar que te dio asilo seguro:
tu patria. Porque tu patria ha desaparecido.

27

Polonio: ¿Qué lees?
Hamlet: Vehículos, vehículos, vehículos.

53

¿Quiénes tragan la mugre que produce el modelo?
Los desgraciados de siempre.

15

Noche, del latín nocte; éste del griego nyktós; y éste a su vez, del sánscrito
nakta. En alemán se dice nacht; en inglés night; en italiano, notte; en portugués, noite;
en francés nuit; en catalán, nit; en walón, nute.

En Chile la noche es eterna.

Ennio Moltedo, hombre que gusta mantener bajo perfil, —el hombre invisible
como se lo ha llamado, citando un epíteto con que se autodenomina el sujeto lírico—,
acostumbra a transitar de un polo a otro de la coordenada axial de su propuesta poética.
Así desde el libro titulado *Día a día* del año 90 pasan cuatro años hasta su *Regreso al
mar*; publicado el 94, y desde entonces, cinco más hasta esta *La noche eterna del alma
de Chile* (1999). Por ello, no perdemos la esperanza de verlo nuevamente de cara al

mar, frente a este litoral tan amado por él, litoral que ha tomado bajo su cuidado y vigilancia.

Porque no me cabe duda de que es precisamente esta vocación suya de auténtico cuidador de la palabra poética y de la vida de los hombres, lo que lo ha traído al seno de la Academia Chilena de la Lengua. Hoy, nuestra Academia abre sus puertas, jubilosa, para recibir a don Ennio Moltedo, diciéndole: ¡Bienvenido a la Academia!